

Politizar la investigación para resistir la emergencia: Retos metodológicos en el contexto de la COVID-19

por **Tatiana Jiménez Arrobo** | FLACSO-Ecuador | tatianadelcisnej818@gmail.com

y **Vanessa Beltrán Conejo** | FLACSO-Ecuador | beltran86@gmail.com

Nos encontrábamos desarrollando el trabajo de campo para nuestras investigaciones de tesis, cuando el gobierno ecuatoriano decretó el confinamiento nacional como parte de las medidas de protección frente a la pandemia por COVID-19, en marzo del 2020. En un contexto atravesado por el temor y la incertidumbre, nos cuestionamos cómo continuar con estos trabajos, directamente relacionados con contextos de violencia, racismo y desposesión. Las medidas obligatorias de distanciamiento social para evitar los contagios por coronavirus nos llevaron a vivir en aislamiento, alejadas de nuestras redes familiares y amistades. Fue así como optamos por construir cercanías con quienes participaban en nuestras investigaciones, como respuesta a una política sanitaria signada por la idea de que la salud de unos y unas, se sostenía por el despojo y la enfermedad de quienes históricamente han sido producidos como los otros y otras.

En el vínculo con estas personas, pudimos reconocer nuestras propias vulnerabilidades. Sin duda, los desafíos eran múltiples, sobre todo aquellos que nos enfrentaban a la reflexión ética y metodológica sobre el lugar que ocupamos dentro de las relaciones que se producen, se sostienen y se modifican a lo largo de nuestro paso por el campo. Fue gracias a estos lazos, tejidos en medio los procesos de investigación que cada una desarrollaba, que logramos resignificar la *fragilidad* —propia y de nuestras y nuestros participantes, como puntos de partida para plantear reflexiones críticas sobre la manera en que producimos conocimiento en contextos marcados por la exclusión social.

Proponemos una reflexión a dos manos que surge del intercambio de nuestras experiencias de investigación en pandemia. Juntas, ensayamos algunas respuestas a las preguntas sobre ¿cómo incorporamos el cuidado y el acompañamiento como parte central de nuestros estudios en medio de un contexto límite como el que se produce por la emergencia sanitaria?, ¿cuál es nuestro lugar en el proceso de producción de conocimiento? y ¿qué desafíos éticos se producen al proponer proyectos colaborativos que abordan relaciones de violencia?

Hemos organizado nuestra reflexión en tres secciones: en la primera presentamos breves antecedentes sobre nuestro trabajo de campo. En la segunda, nos centramos en nuestro lugar de enunciación y su carácter relacional a partir de nuestros aprendizajes en el contexto de emergencia sanitaria y en una tercera sección, narramos los desafíos éticos a los que nos enfrentamos durante la pandemia y las alternativas que elaboramos para seguir sosteniendo los procesos de reflexión que ya habíamos iniciado.

Breves apuntes sobre nuestras propuestas de investigación

Situadas en campos de análisis distintos, ambas nos preguntamos por las experiencias de violencia que se reproducen en medio de condiciones de sujeción, vividas de manera diferenciada por mujeres empobrecidas y racializadas por la política de estado. Mientras una se enfocaba en comprender los discursos y narrativas alrededor de la violencia sexual en entornos familiares, con énfasis en la práctica del incesto en una comunidad kichwa de la Amazonía ecuatoriana; la

otra, intentaba aproximarse a la politización de las experiencias de enfermedad y confinamiento de una mujer afroecuatoriana, vinculada al contexto penitenciario y militante en contra del estado penal en una organización popular y feminista en el centro de Quito.

Cuando se decretó el estado de excepción por emergencia sanitaria, una de nosotras había finalizado la fase de reconocimiento del campo etnográfico y el acercamiento a los sujetos de estudio. Esto fue posible mediante el registro de un diario de campo y el desarrollo de entrevistas estructuradas y semiestructuradas dirigidas a varias mujeres en la comunidad. De esta manera fue posible crear un vínculo de presencia compartida en el campo etnográfico (Muratorio 2005). Cuando comenzaba la nueva fase, enfocada en profundizar aquellos primeros diálogos, el contexto de la pandemia obligó a la salida abrupta del campo y la re-planificación de tiempos y estrategias metodológicas.

La segunda de nosotras había iniciado desde antes el trabajo de observación participante, de la mano con su ingreso a la organización feminista con la cual se vinculó políticamente en el transcurso de la primera parte de su estudio. En diálogo con el colectivo en el que participaba, junto con la mujer a la que acompañaba en su investigación, había ideado una metodología de registro etnográfico que se gestaba en los recorridos de esta mujer entre clínicas, hospitales y prisiones. Al tratarse de una persona padeciente de una enfermedad catastrófica, la expansión del COVID-19 en la ciudad de Quito también exigió un replanteamiento de preguntas, metodologías y alcances analíticos que no pusiera en riesgo, sobre todo, la salud de la compañera participante.

Cada una resolvió estos desafíos en función de las condiciones particulares en las que se encontraba desarrollando su trabajo de campo. Entre la gestión de las distancias, los vínculos que surgían del contacto con quienes se sumaban a estos procesos, el cuidado de sí y nuestros propios planteamientos éticos, encontramos en las reflexiones sobre la objetividad feminista (Haraway 1995) y la politización decolonial de nuestros lugares de enunciación (Muratorio 2005; Mohanty 2008) un

lugar común desde donde posibilitar la gestión de las tensiones, las preguntas y los desafíos que surgían en la emergencia.

Un lugar que es relación

A través de Chandra Mohanty (2008) hemos reflexionado sobre las relaciones de dominación en las que nuestras prácticas y conductas se hallan inmersas, dado que el lugar desde donde miramos el mundo o nos enunciamos determina cómo lo concebimos y cómo los vivimos. Al discutir las formas de producción de conocimiento occidentalizadas que, aliadas a los discursos del Estado, sostienen una agenda centrada en la comprensión esencialista de los sujetos, nos dimos a la tarea de explorar aquellos territorios analíticos desde donde se agrietan estos discursos. Eso implicaba, no sólo reconocer con qué lente mirábamos la realidad estudiada, sino también, cómo nuestra presencia en el campo era mirada por las y los demás. Recordemos que el proceso de investigación social no se gesta al margen de las condiciones históricas, políticas y socioeconómicas en las que se produce, sino que más bien, se convierte en un espacio de expresión de estas condiciones con las que tenemos que lidiar al momento de pensar la reflexión colaborativa (Rappaport 2007; Muratorio 2005).

Ser conscientes de esto nos llevó a enfrentar lo emergente desde dos lugares distintos. ¿Valía la pena exponernos a la presencialidad en el campo con el único objetivo de construir el dato que inicialmente buscamos? ¿Cómo incorporamos el contexto en nuestras reflexiones más allá de utilizarlo como justificación de las modificaciones metodológicas? ¿Era posible discutir las violencias que queríamos analizar en medio de una coyuntura como esta? Responder estas preguntas implicó incorporar las reflexiones teóricas que sostenían nuestras investigaciones en nuestros propios cuestionamientos.

Siguiendo los principios de la investigación colaborativa con la que nos comprometimos, llegamos a la conclusión de que sea cual fuera el camino escogido, no podía ser una decisión tomada en solitario, al margen de las relaciones que poco a poco veníamos construyendo con

las personas participantes. Si nos habíamos comprometido con un proceso que fuese ética y analíticamente riguroso, no podíamos pensar nuestras investigaciones como objetos estáticos y externos a nosotras mismas, cuando la emergencia por la salud y por la vida nos recordaba a diario su carácter dinámico y relacional. Al hablar de *relaciones*, nos referimos no solo a las que emergen en los contextos que abordamos sino también, y sobre todo, de las que nosotras también somos parte (Rosaldo 1993). Decidir acercarse o alejarse del campo fue producto de una reflexión en torno a nuestras posibilidades de seguir, sostener o modificar, siempre en relación *con* el contexto de análisis y las personas involucradas en él.

Una de nosotras, consciente de la vulnerabilidad de quienes colaboraban con su proceso de investigación y de la propia, decide distanciarse del lugar de campo, por responsabilidad y seguridad; mientras que la otra, se acerca aún más a la organización en la que militan ella y la mujer que acompañaba, como una estrategia de resistencia colectiva a las violencias de estado que se expresaban en la gestión pública de la salud y la enfermedad durante la pandemia. Sostenemos que, a pesar de tomar rutas en apariencia opuestas, ambos caminos implican una reflexión alrededor de la dimensión política de la investigación, con su carácter estrictamente académico. “Político”, porque a las dos nos confrontaba el hecho de ser parte de los procesos que construimos y no solo observadoras, pero también, porque a partir de las relaciones que constituían nuestro lugar de enunciación, identificamos nuestras propias posibilidades de agencia que surgen en respuesta a las condiciones de vulnerabilidad que nos conectaban con las violencias que estábamos analizando, a través del cuerpo (Das 2008).

En ese sentido, experimentamos lo que Ahmed (2015) ha elaborado como “la dimensión política de los afectos”, un punto de partida para nosotras fundamental, al momento de pensar en una objetividad feminista (Haraway 1995). En medio del colapso de los hospitales, el crecimiento desmedido de los contagios y la profundización de la crisis económica, decidimos continuar,

modificando el *cómo* de nuestras preguntas, pero manteniendo los lentes éticos y analíticos con los cuales abordamos nuestros objetos de estudio.

Así, las interrogantes en torno a las violencias que viven y resisten las participantes de ambas investigaciones cobraban un nuevo sentido en el marco de un escenario de precarización de la vida. Permitimos que la coyuntura atravesara nuestro trabajo, y continuamos mapeando aquellos territorios dilatados por la violencia que perpetúa relaciones de dominación y produce las desigualdades que se habían exacerbado en pandemia. Lo que veíamos en los hospitales públicos, en las calles del centro de Quito, en las prisiones, y en el territorio amazónico, era el despliegue de un discurso estatal de abandono selectivo de ciertas poblaciones, que daba cuenta del legado colonial, racista y patriarcal que históricamente ha reproducido la institucionalidad pública del Ecuador. En ambos casos, las participantes de nuestras investigaciones afirmaban que la emergencia sanitaria era experimentada por ellas como una condición agravada de la soledad, el padecimiento y la desposesión a las que ya de por sí eran sometidas.

En estos márgenes, lo dialógico se vuelve un ejercicio necesario para rastrear lo cotidiano, que nos permite la incorporación de nuestras voces etnográficas y la voz de las mujeres que colaboran en las investigaciones como piezas fundamentales de esta objetividad que estamos construyendo desde las periferias (Muratorio 2008). En medio de una presencia compartida y situada, cuestionamos y construimos objetividad, una que reconoce personas y no objetos de investigación, que reconoce el acompañamiento y no la utilización conveniente de los datos, que nos hace mirarnos vulnerables y que abre la puerta a investigaciones sentipensantes (Fals Borda 2009) y socialmente comprometidas.

Escuchar(se), acompañar(se): Las alternativas que encontramos para continuar investigando

Antes de la pandemia, ninguna de nosotras creía que *el cuidado de sí* era un elemento central en el diseño de nuestras investigaciones. Lo

entendíamos como un privilegio de clase, asociado a procesos de reflexión poco comprometidos con la transformación social. Frente al riesgo de enfermedad, el aumento de las muertes por coronavirus, y el dolor generalizado que conlleva enfrentar la pérdida de seres queridos por pandemia, comprendimos que las preguntas en torno a los cuidados, la responsabilidad y el apego a principios éticos en nuestro proceso de reflexión eran, más que un privilegio, una necesidad. Fue en función de esas preocupaciones y lineamientos que ajustamos nuestras estrategias metodológicas y buscamos nuevas rutas para enfrentar las preguntas que nos habíamos planteado.

El proceso de acercamiento previo a la pandemia resultó ser un momento central para evaluar estos cambios, en medio de la emergencia. Creíamos que todo lo que habíamos avanzado antes del confinamiento íbamos a tener que desecharlo al momento de modificar el trabajo y más bien, comprobamos que aquella primera fase de exploración y construcción de vínculos fue la que nos permitió decidir cuál camino tomar. En el primer caso, el cambio de objetivos fue fundamental, significó rastrear discursos en torno a relaciones familiares y violencias de género contra las mujeres en relación con la vida de pareja y caracterizar las narrativas de las mujeres en torno a ello. Sin descartar las preocupaciones iniciales de la investigación, se planteó un nuevo objetivo que implicara situar la forma cómo se incorporan las categorías violencias y violencias basadas en género en las discusiones sobre incesto y parentesco a partir de revisión bibliográfica de etnografías realizadas en la región latinoamericana.

En el segundo caso, el principal desafío fue enfrentarse a un tipo de etnografía multilocal (Marcus 2001) que incorporaba el terreno de lo virtual como nuevo espacio de análisis. En la pandemia, la imposibilidad de encontrarnos se tradujo en nuevas formas de acompañarnos: llamadas de WhatsApp, mensajes, y reuniones por Zoom que organizamos como parte del colectivo en el que militamos, fueron nuevos territorios de encuentro, cuidados y acompañamientos. Entre el aprender a utilizar la tecnología, enfrentar las emergencias médicas que comenzaban a surgir dentro de la organización y conversar

sobre la soledad y el temor que nos producía el confinamiento, construimos el campo de análisis que dio vida a los últimos capítulos de la tesis.

Las habilidades que desarrollamos para enfrentar la virtualidad hicieron posible mantener el vínculo incluso, frente a la distancia que implica habitar ahora dos países distintos. Aquel vínculo, que inició como parte de un proceso de reflexión colaborativa muy puntual, se extendió en el ámbito de los afectos en clave de organización política y amistad. Entendimos esta relación como un proceso poroso, lleno de tensiones y contradicciones que, lejos de boicotear la reflexión académica, la enriqueció desde un nuevo lugar en donde los afectos eran entendidos como punto de partida para responder a la pregunta de investigación.

Quienes investigamos en medio de la emergencia nos enfrentamos a escenarios de violencia muy dolorosos. Al poner en juego las dimensiones de clase, género y raza, comprendimos que el sufrimiento que analizamos en nuestras investigaciones, atravesaba nuestras experiencias reflexivas. Aquel vínculo daba cuenta de cómo las investigadoras no somos ajenas a las condiciones de desigualdad que estudiamos, y que, posicionarnos al respecto de esto no significa renunciar a un proceso riguroso de producción de conocimiento. Sino que nos hace reconocernos y humanizar los procesos de investigación, poniendo en el centro la vida y la dignificación de las narrativas y experiencias de quienes colaboran con nuestros procesos investigativos.

A modo de conclusión, plantear investigaciones colaborativas y políticamente situadas implica un trabajo de autocrítica y reflexión constante. Es asumir responsablemente los vínculos que vamos construyendo en el camino de la investigación y responder recíprocamente a esas aperturas, cariños y confianzas con quienes deciden entregarnos sus historias en medio de esas presencias compartidas que se generan en el campo etnográfico. Este camino nos muestra la necesidad de pensar estos procesos fuera de la dicotomía entre nosotras y “las otras”, y confrontar la reflexión y la escritura desde un lugar que integre la diversidad y la desigualdad de estas relaciones.

Referencias

- Ahmed, Sara. 2015. *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM.
- Das, Veena. 2008. *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*, editado por Francisco Ortega. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Instituto CES.
- Fals Borda, Orlando. 2009. *Una sociología sentipensante para América Latina*. Buenos Aires: CLACSO; Bogotá: Siglo del Hombre.
- Haraway, Donna J. 1995. "Conocimientos situados: La cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial". En *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*, 313-346. Madrid: Cátedra.
- Marcus, George. 2001. "Etnografía en/del sistema mundo: El surgimiento de la etnografía multilocal". *Alteridades* 11 (22): 111-127.
- Mohanty, Chandra. 2008. "Bajo los ojos de occidente: saber académico y discursos coloniales". En *Descolonizando el feminismo: Teorías y prácticas desde los márgenes*, editado por Lilita Suárez Navaz y Rosalva Aída Hernández, 113-162. Madrid: Ediciones Cátedra de la Universidad de Valencia e Instituto de la Mujeres.
- Muratorio, Blanca. 2005. "Historia de vida de una mujer amazónica: Intersección de autobiografía, etnografía e historia". *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, no. 22: 129-143.
- Rappaport, Joanne. 2007. "Más allá de la escritura: La epistemología de la etnografía en colaboración". *Revista Colombiana de Antropología* 43: 201-207.
- Rosaldo, Renato. 1993. *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*. Boston: Beacon Press. //